

Capítulo 1

Introducción

Había ligereza en el manto de hojas caducas.

Una pintoresca noche otoñal.

Un escalofrío levitando en el aire.

Dos adolescentes huían hacia las peligrosas afueras de su ciudad natal. La pareja corría muy deprisa. Cuatro caballos iban a por ellos. Podrían haber escogido cualquier bosque ... en cualquier otro lugar.

Excepto que no lo era.

A medida que profundizaban en la frondosidad, se les reveló por la corteza oscura, quemada, de la reciente gama de árboles que los rodeaban:

Los exteriores del Gran Ducado, en Teisin. A cuatro noches de fuga hacia el Este y sin descansos.

La partida de jinetes svenios buscaban a una pareja de fugitivos. Hasta hace dos días no les habían conseguido pillar el rastro, pero eso había cambiado. Buscaban a dos jóvenes, de aspectos dispares; ella iba vestida con una ropa de gala hecha harapos y él con un traje, sustraído, de Asesor Real; ambos eran menores y de familias de "interés" para la Realeza, aunque también prófugos de dos juicios. Sí hubiera sido, solamente, por el robo de bienes, las herraduras de sus caballos no orquestarían una sintonía inquietante para aquella persecución nocturna. Pero el suceso del asesinato... era irremediable.

Iban a ajusticiarles, al menos, para seguir sujetando sus propias cabezas, por la cuenta que les traía su oficio de Adeptos; unidades adiestradas para mantener el absoluto imperio de la ley y el orden, internos, del Gran Ducado.

Escondidos tras un tronco flácido y roído, un beso se impresionó entre los labios cuarteados de los enamorados. Escuchaban el galope, pero seguían tan arrimados cómo aterrorizados estaban sus ingenuas almas. Los calientes y pesados intercambios de amor les transportaban al único lugar

posible dónde sentían una pizca de serenidad. Y uno de los dos la necesitaba.

El chico se separó y surgió una conversación, a susurros, que tuvo lugar en una lengua distinta al Ventza, el idioma oficial.

— No pares — la chica mostró su despecho clavando las puntas de los dedos en el cuello de su amante —. Sí esos Adeptos nos encuentran, al menos que sea así. Entrados en calor y entregados a la carne. Tenemos un gran problema, Byron ... no llegaremos a tiempo. Mejor combatamos al frío antes que a los caballos.

— Dariya, vamos a conseguirlo. Sólo quedémonos quietos. Un rato. Hasta que pasen los jinetes y podamos seguir. Nos queda, nada; menos de una caminata.

Ella sonrió, irónicamente. Antes de responder, escucharon ruidos bastante cerca de su escondrijo. No sabían cuál era la procedencia del inquietante auspicio que les estaba por caer encima, pero se les acercaba, o ya estaba cerca de antes.

— Tengo un objetivo. Tenemos una misión. Dariya — el temor pigmentado por su piel era contrario a la escudriñada valentía de sus ojos —, a diferencia de los otros, tu y yo, podremos llegar. Estoy seguro.

— Amor — apretó aquella pálida mano, amoratada y fría, contra la floritura de su pecho — Un día voy a escribir una canción, será sobre nosotros y nuestra huida, e iluminará el resto de corazones solitarios de Svenia.

De repente, el suelo y los árboles empezaron a vibrar violentamente... un estruendo se escuchó cerca de los jóvenes... varios relinchos y los quejidos de sus jinetes sonaron a veinte pasos de ellos...

A sus espaldas no había cualquier lugar, porque esa no era cualquier parte del bosque. Era una explanada circular de tierra infértil, raíces muertas, un espacio neutral dentro de la mitificada extensión forestal de Teisin.

Un rojo brillante e intenso centelleó en aquel círculo y...

BUM.

Sus pupilas, al igual que sus almas, menguaron al instante.

Desde el centro, la fugacidad de una luminiscencia materializada les impactaría, a ellos, y a todo ser vivo en un radio de doscientos pies...

Hondas de luz carmesí fueron consumiendo la vida del bosque a medida que su expansión comenzaba.

Capítulo 2

El artesano oficio de repartir información por las calles estaba causando furor en el Gran Ducado de Svenia. Qué menos. Era una labor que había entrado recientemente en el tablero económico, a manos de la inmigración forzada a los "interiores", de la más moderna sociedad del continente; de monarcas absolutos y reyes ilustrados y campesinos, de Casas Nobiliarias y Monasterios de oro y adinerados burgueses, provechosos de esta nueva empresa y su nuevo servicio.

Lo llevaban sus "grupos de niños". La mayoría eran huérfanos de la guerra que transportaban a los oídos del pueblo, mediante previo pago; sustrayendo de sus bolsillos el porcentaje cobrizo por pregón. A elección de una de las seis noticias, semanales, eran dos monedas. No había más discusión.

— ¡ Un sacrificio sale mal! En lo que parecía una promesa religiosa, la noble familia de los Drenwitch...tras el último esfuerzo de las tropas enemigas... ¡ A cinco días de las murallas! Por éste motivo, se impondrán nuev-... Último aviso para los interesados : ¡ Niceo de Barthan, el Experto Invocador, ha regresado a Svenia! — los infantes rodeaban la plaza del Mercado Sur, dando fervorosamente la información de los distintos eventos y en diferentes lenguas.

Bueno, ya sólo en los límites internos, y patrimoniales, del ducado, un paisano podría toparse con mil historias. Algunas graciosas, otras no tanto. Con el mero gesto de atravesar las diferentes intersecciones entre las callejuelas, o dentro de los propios negocios. Pero la habilidad de aquellas "personitas" para la memorización y posterior exposición de los hechos era digno del disfrute, al contrario que las fábulas de charlatanes, bufones y los "contaores" de taberna. Las historias de éstos últimos eran demasiado sencillas de prevenir, repetitivas cómo los mares de nubes bajas en cada estación de invierno. En la cara del pueblo se veía esta respuesta sincera, beneficiando los bolsillos de los burgueses y las meras marionetas que daban pena con sus caras sucias y tristes, atrayendo el oído fácil, las almas inquietas o el pensamiento curioso.

Emilija Craft se abrió paso entre la constipada plaza del mercado.

Era ágil, aunque se había parado algunas veces para dejar paso a una larga fila, un grupo de ancianos bienvestidos del Muro Interior que salían

del Monasterio entre petulantes conversaciones.

Las suelas de corteza de su par de zapatos hacían el mismo sonido que las herraduras de alguna montura, invisible y que iba persiguiendo a la Aprendiz de Sanadoras. Pero eso era imposible; mientras los Vigilantes, una guardia especializada en la anulación de magias generales, estuvieran anclados en el centro del comercio, justo a espaldas de los huérfanos, el día seguiría sin conflictos agravados; por uno de los recursos más antiguos de los que disponían, no en exclusiva, el resto de humanos.

La apresurada Emilija nació el día exacto de la celebración por el trigésimo año de la conquista del Gran Ducado por parte de la reinstaurada Realeza Sven, así qué le quedaban todavía dos, o tres años por delante para tomar la decisión de sí quedarse o marcharse a las colonias conquistadas y empezar una nueva vida allí. Pero, hasta la llegada de ese día, su único propósito era ascender de Aprendiz a Adepta Sanadora y obtener un pequeño título nobiliario, para cambiar la hacienda de su madre por una más modesta, aunque estuviesen menos alejadas del conflicto armado. O una dote importante (El "favor" por parte del Consejo de Asesores. Legitimidad ciudadana; o dos cartillas de racionamiento mensual para ella y Tránsit, su madre).

Con su roja bata volante de ancha capucha colgante, galopante calzado y cabello castaño de rulos constantes, se apresuraba por el cruce final de su recorrido; claramente, lo había hecho antes. Decenas de veces, durante los últimos seis años – tres cómo Aprendiz, dos de Novicia y el primer año de alumna común en una de las academias públicas que habían repartidas en cada esquina de Svenia – había estado asistiendo a cada conferencia que podía.

O también "Ferias de los parlanchines" cómo pensaba ella.

Ese día no iba nada fuera de lo común, ni en la gente, ni en ella, excepto por la evidencia de que no llevaba el cinturón reglamentario de ungüentos y cataplasmas. Mientras hacía la cola para entrar en el epistolar Monasterio Sur, junto a otros de sus compañeros Aprendices y tres Adeptos : los hermanos Gantzbick y la intransigente Adepta Di Monkee.

Mantuvo la cabeza gacha, con la vergüenza atragantada. Avanzaba hasta que los deslucidos pies desnudos de la Adepta Di Monkee se interpusieron en la fila. Sus palabras solemnes, sobre el matrimonio de pureza y fidelidad hacia el Oficio de Sanadores y hacia la integridad de la población, casi, consiguió derrumbar la entrenada fachada de extrema pasividad que había aprehendido Emilija de sus copartidarios compañeros más veteranos.

Cuándo la muchacha pasó a los interiores de piedra lisa, más tranquilizada, se encaminó a la Celda de Conferencias. Era un reducido

anfiteatro, para cuarenta personas a lo sumo, diseñado para hacer ponencias de eruditos, maestros narradores e intelectuales. La Celda ya estaba ocupada por varios individuos, aunque se llenó por completo con los integrantes del Oficio "escogido" por la joven Aprendiz. Una vez estuvieron sentados los Aprendices y sus Adeptos responsables posicionados en los laterales de la salida, al rededor de la tarima central de mármol, el mineral pulimentado de la plataforma emitió hacia la boca de la bóveda una columna sólida de luz.

La energía o la magia, según a quién preguntaras en la Celda, de aquella inmensa columna, desprendió una ola de calor que alarmó a algunos de los Aprendices y curiosos. Antes de descubrirse ante las cubiertas de rostros anonadados, fidedignas de la entrada en escena, dos figuras colmaron el concierto de destellos.

La oscuridad de la piedra monasterial volvió a retomar su presencia atemporal. El público estaba absorbido por aquellos contornos que se iban definiendo a medida que los haces de luz se replegaban hasta el centro de dónde surgieron ,y se fundían, dos cuerpos sobre la tarima.

Niceo de Barthan fue la atracción principal. Era un famoso Experto svenio, el título de mayor prestigio, por encima del de Asesor Real, en la cultura local y otorgada por la mismísima mano de la familia real en un convite lustroso de tres días y cuatro noches. Por cierto, su ámbito de Oficio, las Invocaciones, era, en lo conocido del Continente, de los más complicados, sino el qué más.

Tras una ilustración dignificada por el Maestre Tang, la segunda figura que se presentó a su lado, Niceo contempló a los acólitos bajo la pintoresca cúpula de la Celda.

Desde el principio mostró actitud, brillantez y la fácil desenvoltura para realizar, a dos manos, algunas invocaciones recurrentes : aves y mamíferos pequeños. Entre tanto se alineaba de un lado y al otro de la plataforma, un ejército de ratas albinas salieron, en estampida, por debajo de su larga túnica.

— Pero con esta pequeña demostración, no quiero malinterpretaciones — la blanca marea de roedores se esfumaron al convertirse en ceniza —. Entended que ésto es un proceso largo, entregado y aburrido, precios demasiado altos para sólo " saber invocar una gallina a la hora de cenar". Os estoy hablando del Cami, Camiloes et milis..., sí tenéis acceso a libros sobre historia o de culturas y lenguas antiguas, lo encontraréis por el nombre de coste de uso. No es un concepto fácil de entender. No se

enseñan en las Academias, y se nombra, bastante por encima, en las instituciones de contados Oficios. El intercambio natural que desarrollaron nuestros ancestros en aras de contrarrestar la dominación de los elementos. Nuestra salvación en las peores épocas.

El público murmuraba por lo alto. " Cami... suena muy raro", "¿ Cuánto será el pago máximo?", " Sí no me cuesta más que dos barras de pan i Oye! Lo pagaría". Este último sacó un coro de risas.

Emilija acomodaba a un lado su bata carmesí, luego estiró las palmas hacia atrás, sintiendo cómo las castigadas vertebras de su espalda le crujían. Menuda su cara satisfacción. En el otro extremo, rozando la punta en pico de la doblada capucha, su amigo Ceafi le apuntaba, con rostro regañado, al torso.

— Emi ¿Enserio? — le susurró.

—Lo siento, pero ¿desde cuándo eres un Adepto?

Un joven cercano al dúo, dos palcos más abajo, les lanzó una mirada. Estaba tomando notas en un tomo encuadernado, de páginas que fueron blancas en su día y con una frase grabada en la cubierta interna. Era de hilos dorados, bordados por unas manos hábiles, cuya cita en cursiva decía : " No juzgues creencias, juzga acciones".

Ceafi sacó el cinturón por debajo de la integridad de su bata.

Emilija, poniendo una cara de sorpresa, se lo puso descuidando los gestos y atrayendo, momentáneamente, la atención de los otros Aprendices. Ella miró de nuevo hacia abajo, escudando la claridad de su iris cerceta tras la cortina de flecos castaños, y se encontró con una sonrisa perfecta, la del joven del tomo. Una vez lo tenía puesto y apretado, ella levantó de nuevo la cabeza...

— Pero podemos morir si abusamos del coste de uso. También podría pasarnos algo al salir del Monasterio, pero creedme, sería el primero en salir huyendo — y levantó otro registro de risas, más fuertes y extensas.

Hasta uno de los hermanos Adeptos tuvo que morderse la lengua.

En la mano del Experto había un pequeño vial y su contenido y su uso estaban a punto de explicarse. Niceo se movió hasta el borde trasero de la tarima, recitando una frase, indescifrable, para canalizar la ingeniería mágica requerida para el Ritual de Invocación.

Cómo por manos invisibles, empezaron a escribirse runas y signos de contención de tintes negros sobre la pureza del mármol. Su brillo impoluto fue oscureciéndose con las motas del líquido ingrávido surgido por estos ilustres trazos surgidos de la nada.

Los Aprendices se iban encogiendo y el resto observaba detenidamente; entonces los signos se completaron. Las runas terminaron de hacer una frase circular, sin principio ni fin.

Niceo destruyó el vial.

La Celda de Conferencias quedó cerrada a cal y canto, igual que sus bocas.

— Hasta la fecha, he llegado a la cuenta de que existen seis tipos de rituales que han conseguido tumbar civilizaciones enteras — Niceo intentaba compartir su apretado gesto de preocupación alzando las manos — ¡Seis! Seis, seis y seis ¿No os parecen demasiadas? — la tensión se difuminaba gracias a la ola de risas — Bueno... creo que son las suficientes. A mí, a vosotros, a nosotros algún día también nos tumbarán. Cualquier cosa. En cualquier parte. Pero los habitantes del Gran Ducado... no deberían de tener esta preocupación, no a todas horas, como nosotros. Sí queremos que nuestros destinos disciernan de las otras civilizaciones, necesitaremos un plan de contingencia. Éste es el que os muestro... ahora.

En la circunferencia central, encerrada por los signos, apareció un charco negro.

El tufo a huevo podrido del azufre se esparció, por cada esquina, en escasos segundos.

Sí hasta en ese momento los sentidos del público estaban crispados, cuándo se mostró una treglita – un artefacto con la forma de una gota de lluvia y propiedades mágicas, muy antiguo, que permitía al dueño, entre

otros usos, conectar y mostrar unos dibujos en movimiento de su imagen mental – la exposición tomó un tinte peligroso. Pero fue la extraña y antinatural mano que la portaba, atravesando la película viscosa del charco, en una firme vertical, la que congeló más de un latido.

Todos reconocieron la fisionomía.

— ¿ii Eeeh, un demonio !!? ¿Qué es esto? Los Adeptos... no se mueven ¡Haced algo y cierren ese portal!

Las demandas de los más atemorizados no fueron respondidas. Los Adeptos mantuvieron sus posturas vigilantes e inamovibles y Niceo, que había estado avanzando hasta aquella extremidad ajena a su dimensión, agarró la treglita sin mostrar temor. El brazo del demonio acabaría volviendo a su “mundo” y dejó que su propia imaginación hiciera el ejercicio mental por los Aprendices.

Emilija, al igual que el resto de presentes, se mostró inquieta ante la “visión” de un Experto, cada vez más replicado entre ellos y curiosos. Y normal. Sus técnicas, a la par que sus enseñanzas, eran tan... inusuales a ojos de la mayoría.

— No os asustéis. No saldrá. No puede hacerlo, — señaló la circunferencia exterior del ritual — los signos de contención del Código Vidino se lo impiden, y la doblegan a mi voluntad. Ahora, prestad atención — la treglita y su tenue brillo, escondido entre los dedos de él, activó su función ancestral.

La escena flotaba por encima del último palco.

Tenía el aspecto de una nube con los mismos grabados de los tapices de la Realeza, pero éstos, estaban vivos, con movimientos naturales y contornos coloridos. El hedor del azufre parecía haber desaparecido.

Árboles picudos, altas hierbas cobrizas y dos manadas de caballos vigilados por aves carroñeras. Era la representación de Nilanzí, la Isla Afortunada; se mostró ante los rostros de aquellos que sólo habían oído hablar de sus historias negras y leyendas malditas. Nunca habían vista

nada igual.

Salvo uno de ellos, uno entregado a la transcripción y traducción de aquellos signos, runas y simbología pre-svenica del Ritual de Invocación.

Desde luego, una intervención de Oficio del Experto, Niceo de Barthan, valía la espera trimestral. Pero, en sus cabezas pubertas, de mentalidades cambiantes y emociones volátiles, el cúmulo de sensaciones y sorpresas había superado sus cupos normales.

Sobretudo el de Emilija.

— Esto es Nilanzí. Alejándonos de mitos sobre su probable existencia, en alguna ubicación al Norte del Martillo, puede que sea nuestra salvación para el futuro próximo. Volver a retomar los dominios del mar había sido, hasta nuestros días, una idea vacía, escasa de sentido por su absurda necesidad actual. Salvo ahora. Menos hoy que se ha convertido en una necesidad sí quisiéramos perpetuar el mantenimiento de la Realeza, del Gran Ducado y de las decenas de miles de almas con las que convivimos — los Aprendices, y sus expresiones de asombro, no entraron en la dinámica, esperada y deseada, del Experto —. Ahora, os veo. Un montón de semblantes difusos, algunos interesados, escépticos; vuestras miradas de novicios sanadores volviéndose contra mí... y estoy bastante convencido de saber que estáis pensando “¿Este hombre podrá darme un puesto de sanador en los Muros Interiores sí le sigo el discurso?”

Fuera tensiones. Entraron las carcajadas por sus maduros oídos. Emilija agarraba con fuerza la mano de Ceafi del ataque de risa.

— Bueno, es posible. Digámoslo así.

Entonces, por primera vez, el largo índice de Niceo apuntó al palco.

— Menos tú. La chica de los bucles castaños. Entraste sin tú cinturón reglamentario¿ No es así?

La boca de Emilija se secó al instante. Su mano soltaba, con ligeros temblores, la de su compañero mientras las pupilas no lo hacían de la punta de ese dedo y de aquellos labios gruesos, embutidos en la barba azabache, por los que salía una recriminación de alta gravedad, junto al asegurado castigo a manos de la Adepta Di Monkee.

La última risotada del Monasterio sería la más humillante para ella.

Ceafi, tiró de su bata, la recogió a un lado, e intentó desapegarse de aquella vergüenza dirigida. Ella deseó haber tenido a mano un poco de extracto de camaleón verrugoso y volverse invisible. Aunque con aquella incómoda situación de por medio, sus verde-azulados iris volverían a retomar contacto con los del chico del tomo.

Él tenía el perfil retorcido. Se sentía, en cierta manera, mal por ella.

— Pongámonos serios. Hemos puesto todas nuestras monedas en un sólo bolsillo : la expansión armada hacia el Sur. Pero sí el azar decidiera meter su poderosa mano en el bolsillo... seremos pobres, en todos los sentidos. No cometamos los errores de nuestros antepasados. Estamos en un Ducado digno para las revoluciones y es nuestra obligación, aunque por ahora sólo es la mía, de comenzar con el cambio. Porqué, y ésto crispará algunos de los presentes, ruego me perdonen por la sinceridad que sus delicados oídos van a escuchar, la Realeza no va a liderar otra revolución a menos que sea mediante espadas o conjuros.

...

Un cúmulo de Aprendices y curiosos rodeaban a Niceo de Barthan. Frente a ojos de la masa, era una celebridad en cualquier parte del Gran Ducado, pero el Monasterio Sur de los Oficios de Sanación y Erudición era su patio de diversión, dónde se recreaba con las hazañas de sus descubrimientos e investigaciones en los exteriores inhóspitos de lo conocido por la media de svenios. Aquellos que lo rodeaban, entre tirones y súplicas, le pedían consejos, recomendación e incluso bendiciones, algo que sacó una forzosa carcajada de él. Sí a Di Monkee le parecía atractivo era porque lo era para la gran mayoría de mujeres. Menos para el dúo extraviado.

Desde la distancia, Emilija y Ceafi, rezagados en el palco, visualizaban el

panorama.

— Genial, Emi, ahora no podemos acercarnos a él y preguntarle alguna receta interesante. Maldito cinturón.

— Ése sabrá de recetas, pero lo que le gusta es que le besen las nalgas.

— Espera ¿Sabes una cosa? Sé dónde se hospeda. En la Hacienda de Witaker. Debería de ir saliendo y pararme en un punto de su recorrido y acompañarle con alguna excusa. Podré preguntarle de todo. De seguro. De un librepensador a otro...

Mientras su amigo parloteaba y parloteaba, Emilija dejó de escuchar. Tenía sus ojos puestos en el chico del tomo cuándo éste se levantó aún sin apartar su avistado e inexplicable interés, surgido sin razón, entre ambos. Le sonrió, y él a ella también.

“Una acción interesante”, fueron las palabras que entendió Emilija al leer sus labios.

Mientras seguía la estela de aquel joven desconocido, el famoso Experto salía escoltado por la masa de jóvenes fanatizados, y contenidos por los tres Adeptos y dos monjes del Monasterio.

Capítulo 3

El interior de su hacienda privada, de nobles maderas y el silencio cerrado de las paredes de papel pintado, era lo opuesto al descreído talante de Roten de Karmac, uno de los Asesores de la Realeza. La cocina de estética atemporal, al igual que el resto de su casa, ubicada en el centro del Muro Interior, estaba jerárquicamente ordenada. Hasta el más mínimo detalle. Al gusto de su dueño "por dote".

Roten se terminaba el segundo vaso de un espeso compuesto de agua fría, hierbas medicinales muy agrías y sal de piedraíces, sin mostrar rasgos del amargo sabor de las hierbas, o del picor carnosos de la roca. Una herida ponzoñosa de su última contienda en el Sur estaba siendo bastante complicada de sanar; básicamente, por la falta de almacén especializado para los boticarios y alquimistas con licencia. Para su fortuna, los conocimientos que adquirió sobre la tierra en la que combatía, a favor del honor de la Realeza, le sirvieron para formular una especie de paliativo rústico capaz de calmarle los dolores ; aunque no había conseguido mitigar la presencia de... otras cosas.

De apariencia empoderada, encorizado en su peto pesado de hombreras picudas y grebas y espinilleras de bronce bañados con el tono de la plata buena, su rostro, cruzado por tres cicatrices, se paró frente a la invasiva luz de la mañana. Entraba por el solitario ventanal que llegaba hasta el techo. Se relajó, solo durante unos segundos, recordando un instante, feliz, del pasado junto al fantasma que le seguía siempre.

Su rutina estaba siendo imprecisa para la regia actitud por la que se le conocía entre los interioristas y la Vanguardia contingente del Sur.

En el Gran Ducado de Svenia, desde la regencia de la Realeza, se había formado una división tanto física, mediante la creación de dos Muros, el Externo y el Interno; cómo estamental, entre su base sustentadora, el pueblo, y su corona privilegiada, las familias nobles, los contados líderes religiosos de los Monasterios y la Realeza.

¿Entonces, Roten dónde encajaba? En el interior no sabía cómo desenvolverse con tantas palabras y papeles firmados ocupando las manos que solían sostener a "Suerte", su enorme mazo de batalla.

Suerte estaba colgando de la pared, a la espera de ser sostenida, durante el resto de la mañana y gran parte de la tarde, sobre la robusta espalda del tataranieto de su forjador. A cuenta del portador, él esperaba a que Airy estuviera preparada y lista para salir.

— Vamos, “Llamita” ... ¡Tenemos prisa!

Airy, su “pequeña llama” e hija legítima, apareció corriendo por la cocina, con la cartera colgando del hombro con un lomo del Código Ventza asomando y el viento de su fuerte voluntad revoloteando, repletando la calma de su progenitor.

— Estaré por aquí antes de la noche. Puedo comprar algo de lomo y calabaza amarilla y cenamos juntos.

— Te olvidaste... — nunca se malhumoraba, pero debido a su afán, dormido, por la independencia.

— La Prueba de Oficios. Cómo olvidarlo — soltó, dejando la frase en el aire.

— A veces te olvidas, pero tu vieja colección de memorias sigue cómo nueva — su padre le respondió con una sonrisa.

Ésa sería la primera y última del día.

Roten y ella tenían sus formas de pincharse mutuamente aunque su proximidad, al cabo de tres años tras la desaparición de su esposa, y madre de Airy, se había ido fortaleciendo; más, desde que fue destinado al servicio de Asesor de la Realeza tras sufrir graves lesiones en “La conquista de Ij-Arrât”.

— ¿Sabes qué va a ir bien, verdad? Tus respuestas frente al Consejo tienen que ser...

— Tienen que ser las mismas que las tuyas — interrumpió Airy.

— No... no, Llamita — se volvió a la pequeña, arrodillándose y manteniendo su protectora virtud en la mirada —. Sí hay respuestas importantes, de las que cambian nuestros destinos, las de hoy son importantísimas. Sé sincera... dí la verdad para ti misma, no para los

ancianos del Consejo.

— ¡Sí! Todo bajo control — y posó como las cadetes svenias.

— Peeerfecto — volvió a su erguida postura de paladín belicoso y caminó hacia la puerta, alargando su ancho brazo hacia el encuerado mango de Suerte —. Sabes que papa hace cosas aburridas. Ahora — y se aprieta el palo contra los ajustes de su espalda —. Para que podamos vivir sin muchas preocupaciones y puedas estudiar. Sí un día quisieras alg-.

Sin haberse desviado ni un palmo de la perfecta imitación de aquella postura militar, Airy miró a su padre, firme y con madurez, ese fuego independiente, vivo por sí mismo, en las pupilas. La herencia diaria de su madre. El recuerdo constante de la pérdida del esposo.

— Papa, no te preocupes — la niña leía a su padre cómo un tomo abierto — y, por favor, no me lleses de la mano hasta la Adepta Gunne. No quiero que los otros niños se rían de mi.

— No se reirán. Les echaré mi mirada de “No sabéis con quién os entrometéis”. Al menos el castillo está a tan solo unas sentadillas de tu Academia... al menos, eso es lo que quiero pensar.

La pequeña cambió su evidente firmeza. Tenía una pregunta que hacerle a su padre, desde hace tres días; y se había acordado antes de salir.

— Oye, papi, la tía Marini me preguntó sí la habías apuntado en la lista. La de invitados, para que pueda verme en la Prueba.

Menudo golpe contra el sosiego; su costoso y rico sosiego svenio se había visto ofendido por aquel inocente pedido de la boca gritona de su llamita. Antes sí quiera de formularse alguna mentira piadosa y evitar la presencia de sus malogrados lazos familiares, el elevado tintineo de una campanilla sonó fuera.

— Es Gunne. Deberías de ir saliendo.

— ¡Ya voy! — informaba Airy sujetándose al borde de la ventana.

Roten no vio peligro en aquel movimiento. Las suelas de su hija flotaban por dentro, el pelo hacia fuera, y los pensamientos le iban, de nuevo, hacia la frecuente evocación de su mujer.

Ya con el segundo llamamiento la niña se bajó, de un salto, al piso. Recogió las dos monedas diarias de la mesa, dio un fugaz abrazo al muslo de su padre y el pomo bronceado giró por sus manitas inquietas.

— Oye. Llamita — los finos talones le pararon frente al primer escalón — ¿Estás segura de qué quieres invitar a tú tía? — y Airy no respondió.

Ella bajaba por la escalera exterior. La estructura, agarrada a los muros de la Hacienda de Karmac, fue un dispositivo ingeniado por el mismísimo Arquitecto de Bazarán; los peldaños hacían una "L" y llegaban al nivel de la apisonada calzada. Allí estaban esperándola los otros discípulos encabezados por la Adepta Gunne y su campanilla.

Para criticar los interiores había que conocerlos, y para conocerlos, haberlos disfrutado antes. Prueba de su espectacularidad era la zona residencial de aquella familia de dos integrantes : el Distrito de Hipomia, dónde se apostaban las caballerizas de las familias nobles. Era un icono en el Gran Ducado.

En compañía de Nufares, otro guerrero, un hijo de las tierras del martillo, venido a menos, y también Asesor, Roten de Karmac guiaba a su caballo hacia el castillo, centro del pensamiento e inmueble de la Realeza. Allí realizaba la mayoría de labores que le fueran enviadas por correo oficial por su superiora, la Custodia Valzia.

— No la invitéis. Dejadla, entonces, fuera de la academia y que vuelva con el rabo entre las piernas hasta sus dependencias.

— ¿Y tenerla con cara larga hasta “saber cuándo” sin razón?

— Hablo de manera oficial. Sin peleas, ni necesidades. Sí lo único que necesita para acceder a la academia es tú aprobación, da un nombre que no es. Equivócate, pero intencionalmente.

— No es mala idea. Después de la reunión enviaré a un plumas a la Academia de Airy.

Mientras la recomendación se quedaba reposando, el linajudo señorío de transeúntes, representantes de aquellos rumoreados cánones interioristas, fue disminuyendo en número y presencia; dando paso a los individuos uniformados y pequeños escuadrones de soldados, caballeros y Vigilantes, en su dinámica diaria : aguardando los altos muros y el impenetrable portón enrejado del castillo.

Roten y su camarada pararon ante la guardia del acceso. Les dieron paso después de las comprobaciones pertinentes. A medida que se adentraba hacia el Patio Principal, comenzó a relajarse; dejándose calar por las bajas temperaturas de la temporada, a menores angustias, menores eran las molestas palpitaciones que en su cabeza brotaban. Cómo de costumbre, una injuria mental que respondía al tedioso cumplimento de aquellos servicios para los que estaba sobrecualificado y en el que se tenía que estancar a propósito, sí deseaba mantener intacto su título y la dote que ello conlleva. Ni escalar, ni descender. Su función estaba acuñada en dirección de los Expertos y Custodios de Svenia, quiénes eran concedores de la necesaria supervisión sobre las actividades, lícitas, o poco éticas, del Consejo inmiscuidos en los ámbitos políticos, sociales y económicos.

En el auge de la mañana, cuatro de los ocho ancianos del Consejo, estaban repartidos, fuera del Interior. Se pavoneaban por las Academias para la celebración de la Prueba de Oficios con sus hartas nubes de recuerdos y experiencias obnubiladoras, y algunos Custodios habían decidido, en su momento de más fuerza, reunirse ese preciso día en los Salones de Cristal, la sección más amplia de la hacienda Real. Los Custodios, por primera vez, iban a presentar ciertas ideas, aprehendidas de los pueblos y culturas exteriores dónde estaban destinados, en una reunión con la máxima de las autoridades.

Las intimidades del castillo estaban lujosamente decoradas con murales de la familia real, columnas estilizadas y cúpulas prominentes que daban paso a las distintas alas combinadas con mansardas en la inclinación de unos techos imposibles. Eran frisos artísticos; cuadros pintados en los muros, cuyo soporte era el lujoso paramento, colgados sobre las cabezas para ser contemplados cómo obras de la misma Naturaleza. Aunque en

ellas estuvieran representadas las contiendas y eventos más lúcidos, según los historiadores, del linaje de la Familia Real.

Para Roten, que había participado en la representación del fresco más reciente, aquellas imágenes tiesas no eran más que una mera muestra de historia, una justificación para el ascenso de una familia nobiliaria extranjera, de telas verdes y ornamentos de marfil. Con el título de “La Fructuosa”, o La Conquista de Ij-Arrât, centrado en la vertical de la puerta principal del ala, el Asesor entró en la Habitación de Reuniones.

Nueve servidores reales, cinco Custodios y dos parejas de Asesores, tomaban asiento al rededor de una amplia mesa redonda.

Las tinieblas dominaban la escena. Era una habitación aislada del exterior pero con una hendidura ovalada en el techo por la que se colaba un solitario conducto de luz natural.

Con ese oriundo candil para iluminarles, la Custodia Valzia de Hämmer, responsable de la mitad de las provincias marítimas norteñas, se había quedado de pie, al contrario que el resto. Cada Custodio iba vestido a gusto personal, en pos de un derecho legitimado para favorecer el proceso de adaptación en las colonias svenias más alejadas. Al contrario de lo que se podría esperar de ella, Valzia, llevaba puesta la misma indumentaria militar, en una talla más apretaba, más ceñida, que el conjunto svenio de Roten.

La Custodia exudaba una fuerza innata para la comandancia. Ella y Roten compartían, a parte de la armadura, el mismo porte marcial que los propios cadetes, ordenados soldados, del Gran Ducado. Hojeó el documento que recogía la lista de proposiciones para la presentación.

— Espero que hayáis dormido. Roten, ¿empiezas tu?

— Si. Con vuestro permiso, Custodia Hämmer — se puso de pie, apretó las palmas contra sus vergüenzas e informó de manera obtusa —. Tenemos numerosas bajas relacionadas con las contiendas de expansión que hemos mantenido al sur de La Garra. Ha muerto un comandante que trabajaba para uno de los miembros, aunque no aparece un motivo claro en los informes de contienda. Respondía directamente al Consejero de Información, Di Vessex.

— Deberíamos — Valzia asintió y suspiró de corrido — de presentar una petición de esclarecimientos y obtener los últimos mensajes recibidos desde La Garra, una vez la familia del comandante haya pasado el luto —

y asintió de vuelta. Cambió de atención sobre otro Asesor —. Mevin, necesito que envíes una partida de logísticos, que sean del Muro Exterior, preferiblemente, e investiguen la ausencia de movimientos en Teisin.

— Desde las dos últimas Primas de Invierno, los teisenitas habían ido introduciéndose al menos hasta una distancia de cuatro días, a caballo, de nuestro campo abierto. Eran grupos grandes. Nuestros exploradores informaron de que se habían apostado unas cuatro tribus en los Bosques Quemados, el límite con nuestra frontera del Este, para reclamar las tierras. Pero una de nuestras últimas partidas lanzadas a la zona no ha vuelto. Llevan desaparecidos desde el Día de las Dos Campanadas.

— Eso es más de un mes — soltó Roten por lo bajo.

— Roten, tú y otro Asesor deberíais de ir preparando esta audiencia con la Realeza. No informéis, haced énfasis en la incidencia de las tribus, en su expansión y, sobre la partida, decid qué son maniobras rutinarias de exploración. Decidlo con buenas formas. Cómo bien sabéis — y los Asesores, sin levantar las miradas del suelo, se pusieron de pie, imitando la postura militar de Roten. Los Custodios seguían sentados, a la espera de la retórica final para dar por terminado la rápida reunión —. Perfecto. El Gran Ducado de Svenia está a salvo por hoy.

Custodios y Asesores fueron desalojando la sala.

— Roten de Karmac, no salgáis. Unas palabras antes.

CONTINUARÁ....